

San Gandolfo. El santo de los billetes

Elite, 1952-12-06.

"Viva San Gandolfo"... "Viva"

San Gandolfo está representado por una estatua de madera de tamaño natural sobre un pedestal de madera pintado de gris. Pero el fundamento real de su asiento es ese mar de cabezas morenas que llenan el Elizabeth Street y cuelgan en racimos de las ventanas, los balcones y los huecos de la vecindad.

En el corazón de Nueva York flota vivo el espíritu de Italia, oloroso a aceite frito, a "zeppole", a mazapán, a carne asada, a vino. El que entra de Bowery a sólo una cuadra, siente que pisa otro suelo y está auscultando otro corazón. Estas extrañas fronteras del espíritu constituyen el aspecto más fascinante de Nueva York. El Bowery huele a vino también, pero a vino devuelto, con tufo de cieno, y el espíritu se achica, se encoge, y va a hundirse en cualquier rincón perdido en la sombra de un hombre. A sólo una cuadra huele a vendimia, a racimo recién cortado, que no mata la vid sino que le alivia de un peso generoso. Y explota en colores, en luz, en música bullanguera de charanga, en voces cálidas y apasionadas de "tenore" y "mezzo", en "qué belo!"... "Viva San Gandolfo!"... "Viva!!!". Aquí vive cualquier cosa. Que viva todo.

El que conoce Nueva York a través del Empire, el Madison, el Central Park, el Planetarium y el Museo de Ciencias puede volar muy alto, descubrir a hombres pequeños como hormigas en la calle gracias a un ascensor, verlos disecados en hileras, planchados corriendo por las calles, y hasta se hará con un cuaderno de estadísticas con mención de algunos records de altura, de población, de pisos superpuestos, de cantidad de cabilla, hierro y cemento de gente apretada que transporta el metro cada minuto. Pero si frena en ese borde y no se deja resbalar un poco por el Village, por Bowery, por China Town, por las "Little Italys", por Harlem y hurga un poco en estos mundos del mosaico neoyorquino, quedará como si hubiera visto una mala película.

Para comprender su espíritu de mundo abierto a todas las nacionalidades y a todas las creencias hay que observar la bohemia del Village, visitar el distrito ruso-ucranio y atender los servicios sabatinos en sus iglesias, visitar el templo budista y entrar en los restaurantes orientales; distritos donde son mayoría los griegos, los alemanes, los portugueses (aquí hay muchos portugueses sin botiquín), chinos, italianos. Y seguramente este sector habitado por italianos, descendientes y nuevos emigrantes, es el más característico. Se calcula en un millón el número de los que engrosan la colonia italiana. Hay que tener en cuenta que varios de los alcaldes que ha tenido Nueva York son de origen italiano, y constituyen una fuerza organizada dentro de su balanza política. No así los puertorriqueños, por ejemplo, que viven dispersos en la ciudad en un número casi igual, sin ninguna o muy escasa unidad cultural o política.

Los distritos italianos o "pequeñas Italias" son populares por sus fiestas. Transplantando aquí la costumbre latina de fiestas de barriada, no hay día de verano en

que no estén celebrando con entusiasmo algún aniversario, el regreso de algún héroe o algún festival religioso de los que tienen una lista larga. Entre ellos, el ruidoso desfile del Día del Trabajo en la calle 103, entre las avenidas primera y segunda, en honor a San Antonio. La fiesta de San Gennaro, que culmina en una gran procesión con banderas, música y confettis desde Baxter y Canal Street, el 19 de setiembre. Tuve ocasión de presenciar esta manifestación sencilla de fe, mezclada con aires de culto pagano con reminiscencias de Carnaval, acompañado de Jesús de Galíndez, quien me fué señalando sus peculiaridades. La Fiesta de San Juan Bautista de la Iglesia de "La Más Preciosa Sangre", el 24 de junio, y la de "Nuestra Señora del Monte Carmelo", que se celebra entre la Primera y Pleasant Avenidas, en la calle 115 el 16 de julio. A la que quiero referirme hoy es a la de San Gandolfo en Elizabeth Street, a una cuadra del Bowery, que acaba de celebrarse.

* * *

San Gandolfo es el Patrón de la Generosidad. La imagen de madera de tamaño natural, representa al Santo descalzo y con barba, con hábito muy similar al de los franciscanos, culminando en un nimbo dorado de metal. San Gandolfo lleva en la muñeca izquierda un reloj nuevo, un ramillete de arrayan o mirto cruzado en la cintura, un collar rojo y amplio con cascabeles en torno al cuello, y ristras de billetes de Banco colgados desde el pecho hasta besar los pies descalzos del Santo. La imagen es llevada en andas por una docena de hombres. Mujeres llevando gruesas velas encendidas, adornadas con lazos rojos, escoltan al grupo. Unos 20 hombres más de todas las edades van abriendo paso entre la multitud, distribuyendo hojas con la imagen del Santo y recogiendo dinero. Detrás, una charanga de media docena de músicos ameniza la procesión y agradece los donativos.

Durante los días que dura la fiesta en el barrio, San Gandolfo está expuesto bajo un enorme altar de luces de neón, recibiendo el tributo de velas encendidas y dinero para fines benéficos. Ya desde entonces empiezan a colgar la cuerda de billetes del pecho. Pero la verdadera colecta se realiza durante esta procesión en la última noche de la fiesta.

Los puestos de músicas, carne frita, mazapán, "zeppole" y fritos en general han llegado a su momento difícil. La multitud tiene los ojos fijos en San Gandolfo, y los puestitos se sostienen difícilmente en pie. En cada esquina de la calle hay una pequeña tribuna dotada de altavoz "speaker" y una charanga de una docena de músicos. Al Santo se le recibe con un discurso –plegaria de un entusiasmo que mantiene embebida a la concurrencia hasta estallar en un "Viva San Gandolfo!", que corean todos con el entusiasmo con que se cierra un buen discurso político con promesa de estómagos llenos sin trabajar. Después "mezzos" y "tenores" se alternan cantando arias y algún himno con ritmo de opereta dedicado al Santo. Estas constituyen las grandes etapas, de cuadra a cuadra. En el curso de la procesión la gente vuelca desde las ventanas y balcones todos los periódicos viejos y listines de teléfono en forma de papel cortado, como si fuera con ocasión de un Carnaval fantástico. La charanga que sigue al Santo

espera que entre todo ese papel venga alguno que diga que vale un dólar o cinco para agradecer el donativo a fuerza de bombo y cornetín:

– La Marcha Real!... –pidió desde la ventana uno que echó un billete. Y la charanga "bombeó" otra vez hasta que dió de sí el donativo.

– Non echare papele! –decía uno de los colectores– ... billete!!...

Y los billetes caían arrugados entre nieve de papel de periódico a los pies descalzos de San Gandolfo.

La comitiva paraba de vez en cuando para añadir algún nuevo ejemplar a las cuerdas de billetes. San Gandolfo seguía con su sonrisa tierna de madera mirando a las ventanas y al cielo limpio de nubes. Las calles, alumbradas con arcos y estrellas de cinco puntas de neón seguían llenas de cabezas morenas mirando como hipnotizados al Santo y coreando: "Viva San Gandolfo", a la voz de los que llevaban el Santo en andas cada vez que reiniciaban su marcha.

A las once de la noche volvió San Gandolfo a su nicho de neón con cuerdas largas de billetes. Delante seguían aún vendiendo números para la rifa de un automóvil con igual objeto benéfico. Un ciego estaba sentado delante de las ofrendas de velas escoltando una bandeja donde llegaban al cuello del Santo en forma de billete.

Las tribunas situadas en las esquinas amenizaban el pacífico pasear y tropezar de la multitud con música italiana, canciones italianas de los mejores tenores del barrio y discursos en italiano. Los puestecitos continuaban vendiendo sus rosquillas y sus "pezzoles" olorosos a aceite frito, vasos de vino claro y oloroso a vendimia...

Y volví a entrar al Bowery, con la impresión de estar caminando sobre una charca. Antes de cruzar esa frontera que no se ve, pero se siente, estalló al fondo un triquitraque de fuegos artificiales, y llegó hasta mi la voz emocionada de una mujer:

– Como San Pietro y San Geovani en Génova... que belo!